

LOS DIENTES DEL PERRO

Ficha técnica:

Autor: José González Castillo y Alberto Weisbach

Fecha de estreno: Abril de 1918

Teatro: Buenos Aires

Elenco: Compañía Muiño-Alippi

La Argentina- sábado 27 de abril de 1918

“Buenos Aires- El éxito de anoche”

La compañía argentina de comedias, sainetes y revistas Muiño-Alippi estrenó anoche con caluroso éxito la nueva pieza de un acto Los dientes del perro, de que son autores José González Castillo y Alberto Weisbach, dos firmas prestigiosas de nuestros círculos literarios y que ya en otra oportunidad y en colaboración también, habían obtenido un sonado éxito con otra obra en el escenario del Nacional. Hábiles concededores de nuestro teatro y dotados de una imaginación rica y prodigiosa, han volcado en Los dientes del perro todo el caudal adquirido en su experimentada vida comediográfica, y así, a través de un asunto feliz y bellamente inspirado, nos ofrecieron anoche una obra sana, regocijante y deliciosamente emotiva, en el marco de dos cuadritos contruidos con pericia suma y exacta comprensión de tipos y ambiente. Luz, color, vida, en una palabra, campean allí en espiritual consorcio de ideas, trazado maestramente, sin recurrir a la nota falsa y chocarrera del exabrupto para lograr el efecto deseado. Con un tema que pudiera antojársenos viejo y altamente manoseado, estos autores han urdido una finísima comedia en el segundo cuadro, de tan elevada concepción artística, que no pecamos, en nuestro concepto, en extremar la nota del elogio. Nada sobra en este cuadro, y palpita en él intensamente un lirón de vida íntima, que la hacemos común y la sentimos tan dentro de nosotros, como si en ella hubiese un poco de nuestra vida. Es que es humano todo; es que es exacta la pintura de aquél hogar santo y bueno a cuyo abrigo acude a redimir sus pecados una almita enferma recogida del lodazal una noche de orgía de cabaret. Y hemos hablado del segundo cuadro, pasando por alto el primero, porque aquél, en verdad, es el que enaltece a toda la pieza, y nos produjo la sensación bajo cuyo imperio esbozamos nuestra crónica. Pero no por ello restamos mérito al primero, que describe con acierto en episodios propios de esos lugares, un cabaret, una noche de escándalo.

La compañía Muiño-Alippi presentó la obra con la corrección proverbial de todas sus interpretaciones, en tanto es una labor conjunta e individual de los artistas singular comprensión y posesión plena de los respectivos personajes que encarnaban. Muiño es un viejo verde sobrio y mesurado, mantuvo la nota hilarante sin desvirtuar un ápice la línea trazada, lo mismo Alippi y Pérez, que dieron vida y expresión a papeles que, de otra suerte, hubieran resultado desteñidos y apocados. Y un éxito de interpretación sin reticencia le ha valido a Manolita Poli, simpática actriz que es toda una esperanza del futuro, su papel de pecadora redimida al cálido soplo de un verdadero amor. Los dientes del perro ha constituido un éxito verdad como concepción y realización escénicas y para la compañía del Buenos Aires, un franco y decidido éxito interpretativo. Artistas y autores fueron entusiastamente aplaudidos y ya hay otra obra para un ciento de noches.

La mañana, sábado 27 de Abril de 1918

“Los dientes del perro”, por S.B.M.

Es la pieza de los señores González Castillo y Weisbach titulada Los dientes del perro un interesante cuadro de cierta vida bonaerense, pletórico de humanismo y de un

colorido firme y acentuado.

El primer cuadro, sobre todo, es un trasplante de tipos y modalidades extraídos de su ambiente mismo y elevado al escenario en toda su desnudez y crudeza. El segundo, más débil, pero tan hábilmente combinado como el anterior. La obra en cuestión es admirable construcción que evidencia un conocimiento y destreza en sus autores en el manejo de los muñecos, y una posesión de los secretos de la técnica teatral, cosa no fácil de encontrar en nuestros autores. En lo que no estamos conformes es en las teorías malsanas e inaceptables, especialmente en nuestro ambiente social, y que sustentan sus autores. Además, un repaso minucioso de la producción, convendría a fin de suavizar ciertas asperezas que la colocaran en condiciones más accesibles al público femenino.

Los dientes del perro es obra de cartel que ha de proporcionar buenas entradas a ese teatro. De la interpretación diremos, haciendo estricta justicia al elenco Muiño-Alippi, que en esta obra nos ha ofrecido una de sus interpretaciones más justas y ponderables. Todos y cada uno de los actores sin omisión alguna, pusieron cuanto estuvo de su parte para dar brillo a sus respectivos papeles. La orquesta Firpo instalada en el escenario en la escena del cabaret, dio una nota novedosa e interesante. La escena excelentemente servida.

La Prensa, sábado 27 de Abril de 1918
"Buenos Aires- Los dientes del perro"

La compañía Muiño-Alippi hizo a conocer anoche al público el sainete en un acto y dos cuadros así titulado de que son autores los señores Weisbach y Castillo. Cuenta Tolstoi que en una calle de Jerusalén se había reunido un grupo de personas alrededor de un perro muerto. Comentaban todas ellas los defectos del animal: su fealdad, su mísero aspecto, cuando un hombre exclamó "pero los dientes parecen perlas". La leyenda agrega que aquél hombre era Jesús de Nazaret. Los autores de la obra que nos ocupa han hecho de la frase piadosa el epílogo de aquélla. Un joven, después de pintoresca batahola en un cabaret, cuadro que es realizado con exacto colorido, inicia la regeneración de una buena muchacha caída accidentalmente en el arroyo y al coloca en calidad de oficiala en la casa de modas de sus padres sin que ellos se enteren de tal origen. La verdad queda descubierta y la dudosa empleada es despedida a pesar de las protestas del muchacho. El sainete debiera finalizar en esta escena, pero los autores le han agregado a manera de otrosí una situación más que explica su título. Después que la joven es despedida, la familia se sienta a la mesa y un tío del muchacho, que intervino en la accidentada aventura, narra a pedido de un chicuelo (que no lo parece en su caracterización) la leyenda cristiana que finiquita con las buenas palabras de Jesús. Al escucharla, el joven galán retoma bríos y se decide a abandonar la casa de sus padres en busca de la mujer que ellos despidieron, juzgándola por el mal de su pasado y no por la virtud de su presente.

Los dos cuadros del sainete están bien realizados, especialmente el primero, que refleja con acierto el ambiente que se ha querido transmitir desde la escena. Sin trascendencia alguna, como es de imaginar y sin cosas absurdas de que hacer mención, entretiene en forma eficaz. El público así lo demostró anoche, al darle su emoción con nutridos aplausos en el transcurso de algunas escenas felices y al finalizar la obra. Los señores Weisbach y Castillo agradecieron estas manifestaciones. La interpretación fue acertada de parte de todos los actores.

“Los dientes del perro”

Un día en Jerusalén, varios hombres que rodeaban un perro muerto cambiaban comentarios: “Qué perro sucio”, decía uno. “Era sarnoso” agregó otro, y un tercero dijo “Debe haber sido tuerto, porque tiene un ojo vacío”. De pronto, un hombre muy alto, flaco, todo vestido de blanco, tomó la palabra y dijo: “sin embargo, mirad sus dientes, parecen perlas”. Es que el hombre que había encontrado una cosa bella en medio de tanta miseria, era Jesús. Sobre esta divina parábola llena de sublime ternura está inspirada la obra que los señores José González Castillo y Alberto Weisbach hicieron estrenar anoche por la Compañía Muiño- Alippi. El perro de la fábula ideada por los autores es una mujer, no disoluta precisamente, pero que, por circunstancias desgraciadas, debe parecerlo, pues se ve obligada a ganarse la vida bailando y cantando en un cabaret. Los vejámenes que allí sufre (los jóvenes del cabaret la vejan, no por lo que tenga de desgraciable, sino que la relajan a fin de herir el amor propio del que la acompaña) determinan en ella un deseo liberación, de paz, de trabajo, que desgraciadamente parece que no podrá cumplir. Tal se plantea el problema en el primer cuadro de la obra, cuya acción se desarrolla en un gran cabaret. Los autores han observado con agudeza el ambiente, pero no se conforman con dar al rol público la visión directa del medio, sino que de vez en cuando, en lo que diríamos, la entrelínea de la acción, se adivina la intención lapidaria de los autores para con casi toda aquella incolora y miserable gente de “la milonga”. En tanto, el perro de la fábula ha dado con el hombre que comprende su drama moral, y que se propone por amor y por placer, ayudarla a afrontar la nueva vida que aspira. La adversidad, en la forma de una moral arcaica e inhumana, se opone al propósito, y entonces, aquél hombre que se ha propuesto tan hermosa misión, vése obligado a optar por el perro o por su hogar. Según aquella moral, él está obligado a considerar aquélla mujer como una piltrafa, como algo que pertenece inevitablemente al barro. Según su amor y su piedad, aquello significa un dolor humano, tan digno como cualquier dolor. Y con gesto lleno de conmovedora nobleza, renuncia a su hogar. Tal es, en síntesis, la obra estrenada anoche. Reconforta, y hay que declararlo, asistir a un espectáculo tan noble, tan humano, tan enternecedor, y mucho más reconforta si se tiene en cuenta que el público asiste con verdadera emoción que lo dignifica, a un espectáculo en el cual todo lo que hay de sano y de elevado en él, vibra noblemente. Ninguna de las bellas emociones que provoca Los dientes del perro depende de lo inmediato teatral. Todo reside en el texto, en la gran belleza moral del texto, en el soplo hondamente humano que cada una de las palabras encierra. En aquél atrevimiento que dijéramos bíblico, con que los autores afrontan el conflicto moral para decidirse por una bondad que los enaltece, dijérase que han modificado un asunto vulgar, de modo que los simples se encontraran de pronto, sin esperarlo, a las puertas de una verdad consoladora, de una emoción pura, de una conciencia hermosa. Y así ha ocurrido: el público ha llorado, por obra de dos o tres verdades profundas y sencillas, colocadas a lo largo del texto a la manera de aquellos restos luminosos de los castillos artificiales, restos que sirven para reconstruir las líneas oscuras que yacen quemadas, del edificio entero. No hay por qué agregar que fue un éxito definitivo, un bello éxito, y que los autores y los intérpretes tuvieron que hablar al público. La presentación escénica del cuadro primero, muy lujosa y muy ajustada. La Compañía Muiño-Alippi ha realizado un esfuerzo doblemente honroso. Los autores lo merecían, tanto como los intérpretes merecen ahora un gran éxito del cual no dudamos.

El diario, sábado 27 de abril de 1918

Los dientes del perro, estreno de anoche en el Buenos Aires, mereció el caluroso aplauso del público. La pieza tiene sencillez y lógica en su desarrollo, algunos momentos de emoción, y, en el primer cuadro, una visión certera del ambiente de los cabarets. La leyenda oriental que da título a la pieza (nadie está caído del todo siempre, aún en la mayor persecución) mueve a los autores a presentar el caso, ciertamente no nuevo, de la mujer caída y redimida por el amor. Claro está que la sociedad la rechaza, y claro también que el joven rompe con todos para seguir sus afectos, que valoran la virtud presente sin investigar en los errores del pasado. La teoría, frecuentemente mantenida en el teatro, sería muy peligrosa para la vida particular. La interpretación muy correcta, y la orquesta típica de Firpo, aplaudidísima, así como Muiño y Alippi.

La lucha, sábado 27 de abril de 1918

Los dientes del perro
G.M.B.

Fuera de duda, la pieza que los señores Weisbach y Castillo han estrenado anoche en el Buenos Aires, es la mejor de cuantas se han dado a conocer en su género últimamente.

Una hermosa parábola sirve de moraleja de su argumento. Todo el asunto jira (sic) alrededor de un tema que, aunque vulgar, no deja de ser interesante. Cuenta Tolstoi que en una calle de Jerusalén cierto día se encontró un perro muerto. Muchas personas lo rodearon comentando a mil maneras sus fealdades, sus carnes descompuestas, hasta que una de ellas dijo “todo es feo en él, menos los dientes, tan blancos como perlas”. Ese hombre era Jesús. Han utilizado los autores esta leyenda para confeccionar su nueva producción. El primer cuadro se desarrolla en un cabaret. Un joven, poco acostumbrado a ese ambiente de vicio, se enamora una pobre muchacha caída entre esta gente por debilidad y engaño. Él la quiere regenerar, llevándola a su casa donde, por medio de subterfugios consigue hacerla emplear en una casa de modas de sus padres en calidad de huérfana, escondiendo de ellos la verdad de los hechos. Pero los padres comienzan a dudar de la rara amistad entre la nueva empleada y su hijo. Una visita de clientas, precisamente antiguas compañeras de cabaret, descubre la verdad. Ante las protestas de su hijo, despiden a la empleada de dudosa honradez, porque así lo dicta “la moral”. A continuación, se sienta a la mesa la familia. El tío del joven que lo ayudaba en esos apuros cuenta a un niño la leyenda que narramos más arriba. Esas palabras impresionan tanto al muchacho, que abandona de inmediato su casa para buscar a la mujer perdida, que por el concepto “moral” de sus padres, en vez de regenerarse debía volver a la vida licenciosa. Este argumento está desarrollado con perfección. El primer cuadro consigue pintar con realismo el ambiente del cabaret. Para ello, han contado los autores con una orquesta típica, haciendo el estilo agradable, escrito especialmente por el señor Roberto Firpo. Los tipos que actúan han sido muy bien encarnados por todos los elementos que toman parte de la interpretación. El segundo cuadro, no tan consistente, aunque bien trazado, forma un buen conjunto. En resumen, la pieza consigue divertir al público, sin tener que recurrir a los chistes de mal gusto o a escenas muy gastadas. Naturalmente, no consigue apartarse del ambiente que se respira en todas las obras de género chico nacional. La interpretación, como ya lo hemos dicho, estuvo correcta, mereciendo especial aplauso el señor Alippi, por su labor como artista y director de la compañía.

La época, 27 de Abril de 1918

Los dientes del perro

Braberg

Estrenó anoche la cía. Muiño-Alippi esta pieza en dos cuadros, que suscriben los conocidos autores José González Castillo y Alberto Weisbach. El teatro nacional por secciones nos proporciona con frecuencia muy desagradables primicias. Se busca en él habitualmente el éxito fácil, que más finca en ciertas modalidades de los actores que en los propios méritos de las producciones estrenadas. Los autores, salvo muy pocas pero honrosas excepciones, no aportan nada a este género, sin embargo, y muy especialmente

la compañía. del Buenos Aires, nos proporciona de vez en cuando halagüeños contrastes, poniendo en escena una que otra obra que reacciona contra el mal gusto y la charlatanería imperante, mostrándonos acabadamente que puede dignificarse el género.

Nos sugiere este breve exordio el estreno de Los dientes del perro. González Castillo y Weisbach, dos autores honestos que aumentan tesoneramente inspirados su haber artístico con obras noblemente inspiradas, han tenido un acierto muy honroso. Los dientes del perro no es inferior en méritos a ciertas producciones del género grande que por ahí se aplauden y se sostienen. Sus dos cuadros, descriptivo el primero, y de acción el segundo, están teatralizados con mano segura y toques dramáticos de mucha fuerza.

El primero es una pintura acabada del ambiente nocturno de los cabarets porteños. La acción está esbozada apenas entre el bullicio de la gente alegre que se entrega al placer.

Sin embargo, los personajes que han de sostener la obra, están presentados en cuatro pinceladas bien trazadas que los humanizan vigorosamente. El segundo cuadro es también sobrio, pero intenso. Todos los personajes son humanos y están como arrancados de la propia vida de la gran ciudad, donde los conflictos estallan en el interior de los hogares, produciendo muchas veces esos extraños dramas que dan margen a la crónica policial. Las figuras centrales de la obra son seres buenos, pero empujados por la fatalidad o destinos sombríos. María Esther, la chica seducida y arrojada al fango, conservando en el alma un fondo de bondad y amor puro, que cuando quiere reaccionar y ser buena encuentra la afrenta de su vida anterior, que la arroja nuevamente al arroyo cuando ha concebido por segunda vez ilusiones de amor. Y Héctor, su protector, el joven sentimental que la arranca del fango y quiere dignificarla por el amor, estrellándose sus proyectos con la inflexible moral familiar que trunca sus ensueños juveniles. La escena final, en que el joven impulsado por el amor, abandona la casa de sus padres para correr en busca de su amada, expulsada y puesta otra vez en el camino del vicio, vale para los autores un aplauso entusiasta, si toda la obra no estuviera concebida con el mismo vigor y belleza. Los dientes del perro tiende a levantar el nivel

de nuestro teatro por secciones, fue presentada con mucho esmero. El primer cuadro revela que la dirección del Buenos Aires se esmera en la presentación de las obras que lleva a escena. Fue puesto muy correctamente, contribuyendo a su éxito la orquesta

típica criolla dirigida por el maestro Firpo, que ejecutó diversos números. La interpretación, ajustada. Muiño y Alippi supieron realzar sus diversos roles. La Barilaro hizo una francesita espiritual y oportuna y la Poli, una María Esther bastante discreta.

Los demás, bien. Al final, fueron aplaudidos calurosamente los autores y obligados a pronunciar breves palabras de agradecimiento. Los dientes del perro será obra de cartel.

La idea, sábado 4 de mayo de 1918

“Los estrenos”

Los dientes del perro

Los señores Weisbach y González Castillo han acertado con su sainete estrenado el viernes de la semana pasada en el teatro Buenos Aires. Sin recurrir al ya gastado cuadro de arrabal o a los personajes peculiares de ese género, han presentado una obra digna de nuestro teatro nacional. Basado el argumento en una fábula del escritor ruso Tolstoi, que nos abstenemos de narrar por haberlo hecho ya todos nuestros colegas, y por no caer en la vulgaridad que ha confundido a ellos, dibujando fielmente los dos actos dándole un colorido poco común a nuestra escena y haciendo obra de moral que no admite dogmas, llevaron a la escena una pieza como pocas. Porque es bueno decirlo, Los dientes del perro ha sido confeccionada con una patrón que dignifica a sus autores, al presentar dos formas de moral, una anticuada y casera, la otra acomodada a nuestros sentimientos más humanitarios, es ir por los buenos moldes de la comedia dramática y, principalmente, hacer teatro. Según lo exponemos más arriba, los dos actos que constituyen esta nueva producción, están trazados con mano ágil y experta. El primer cuadro, el del cabaret, es una copia fiel de esos antros porteños. Los personajes que en él se mueven son también propios, y las situaciones que le dan interés y acción han sido reproducidas tal cual son en la realidad. El cuadro segundo está muy bien perfilado, pero convence más el primero. Los dientes del perro subió a escena con una interpretación encomiástica, toda la Compañía Muiño-Alippi desempeñóse admirablemente. Destacáronse Muiño, Alippi, la Poli, señora Barrilaro y Drames. La presentación bien cuidada, sobre todo la del primer cuadro. Ah!, Nos olvidábamos. En ese cuadro la orquesta de Firpo matiza con sus notas la algarabía del cabaret. Pedir más, ni ningún aúr (¿).